

En el club socialdemócrata

Santos Juliá, El País, 06/02/2000

Con lo poblado de centristas que al parecer está el terreno de juego político, pocos han sido los electores que se hayan animado a cruzar la raya del medio campo para votar en unas elecciones a partidos de la derecha y en otras a los de izquierda, o al revés. Desde que se rompió en pedazos el juguete de UCD por ver qué había dentro y cada cual retornó hacia donde le tiraban sus querencias, las convocatorias electorales repiten resultados similares: alrededor del 48% para la izquierda y en torno al 38% para la derecha. El resto de votos productores de escaños se lo llevan los partidos nacionalistas y regionalistas, que vienen sumando de forma persistente alrededor del 10% del total.

Esto es así desde hace años y nada indica que vaya a cambiar sustancialmente en un próximo futuro. El problema para la izquierda no consiste en una sangría de votos -11 millones en 1982 y un millón menos en 1996-, sino en que los 2,6 millones recogidos por IU en 1996 no sirvieron de nada a su destinatario, pero fueron como agua de mayo para la derecha. Y no porque Victor d'Hondt haya resultado ser un *serial killer* de terceros partidos, sino por la presencia de dos factores ajenos al matemático belga: la enorme distancia entre los dos primeros y el tercero más los pocos escaños disponibles en un tercio de las circunscripciones. Si los tres partidos corrieran pisándose los talones, el desvío de la proporcionalidad sería mucho menor, pero si el tercero llega con la meta cerrada y hay poco que repartir, ya no encuentra ni las sobras del almuerzo.

Por eso, IU ha seguido hasta ayer una estrategia encaminada a empujar al PSOE hacia la derecha para convertirse en primer y único partido de la izquierda. Eso le exigía correr dando codazos y poniendo zancadillas a su más cercano competidor; proponer la unidad de acción de la izquierda para luego lamentar que no fuera posible porque el PSOE -como todavía proclama el manifiesto de su última asamblea federal- es el partido de la corrupción y degeneración democrática, del fundamentalismo neoliberal, del pensamiento único, de la Europa de los mercaderes. Votar al PSOE era votar a la derecha.

Para hacer creíble su estrategia, IU se presentaba como guardiana de los valores puros, incontaminados, de la izquierda. Contaba, para ello, con un personaje muy singular, capaz de entonar impertérrito, derrota tras derrota, la misma salmodia, convencido de que al fin su voz clamante en el desierto sería escuchada por las ovejas descarriadas. Páginas y páginas de conferencias, ponencias, resoluciones, manifiestos, repetían un tipo de discurso que proponía una alternativa económica, social, política, ecológica, cultural, global, a esta democracia corrupta y a este capitalismo realmente existente. No era un discurso comunista, no hay nada de Lenin en toda esa farragosa producción, por la sencilla razón de que no era un discurso político: no se proponía objetivos concretos ni discernía plazos e instrumentos para alcanzarlos; era otra cosa, una prédica, una exhortación, quizá no más que un cuento de la lechera.

Todo eso se ha acabado en un abrir y cerrar de ojos, y no es lo menos sorprendente de este giro estratégico que su artífice se presente sin disimulo como un comunista convencido. Sin renunciar a su identidad, Frutos habla, por fin, un lenguaje político, pero no el de un comunista que pretendiera subvertir el orden de las cosas, sino el propio de un militante de la socialdemocracia clásica; en lo que dice sigue sin haber Lenin, pero son audibles los ecos de Kautsky. Cuando se niega a arrojar al PSOE al basurero de la historia y acepta las constricciones derivadas de compromisos internacionales, cuando propone un avance gradual hacia objetivos concretos de política interior, sean las 35 horas, la reforma del Senado o la carga de impuestos, Frutos entra en el club de los socialdemócratas. La apuesta es fuerte y el resultado incierto; igual se hace rico que acaba arruinado. Los electores dirán.

¿A quién le importa?

Santos Juliá, El País, 22/10/2000

En el informe-balance para la VI Asamblea Federal de Izquierda Unida, que se debatirá la próxima semana, el desprevenido lector, armado con toda la paciencia que requieren sus más de 50 folios compactos, tropieza sin previo aviso con esta deliciosa sentencia: "La historia de la izquierda y de la creciente implantación social de sus propuestas, de sus valores y de sus comportamientos ha sido la historia de la aplicación al mundo de hoy del método de la mayéutica socrática para concienciar y estimular y así impulsar una praxis democrático-epicúrea".

Quienes tengan por costumbre u obligación leer documentos emanados de la dirección del Partido Comunista reconocerán enseguida el ritmo ternario de la frase: los comunistas nunca dicen nada si no es de tres en tres: propuestas / valores / comportamientos; concienciar / estimular / impulsar. Por ese lado, ninguna sorpresa. Lo verdaderamente grande, el descubrimiento genial, que sólo a un artista del lenguaje se le podía ocurrir, consiste en relacionar la historia de la izquierda con la mayéutica socrática, de una parte, y, de otra, con una praxis democrática-epicúrea. Eso sí que es, como dirían en Sevilla, una maravilla.

Esta maravilla sirve de pórtico a la consideración central que el informe presenta a los delegados: que la tarea de IU es la Construcción de la Alternativa desde un CONSCIENTE colectivo con prácticas, actitudes y valores del ser humano acordes con la Persona Nueva que se pretende construir. Mucha construcción hay en el informe, y mucha mayúscula, y no sorprenderá encontrar el Proyecto y su PROGRAMA definidos como un "trabajo de ingeniería social". Pero lo interesante del asunto, además de este rebrote de saint-simonismo, consiste en definir la sustancia de IU como la del Ser para la Alternativa.

Se comprende que en política alguien se presente como alternativa no ya de un gobierno en el poder sino de todo lo realmente existente. Definirse como alternativa, y creérselo, satisface durante cierto tiempo la necesidad de autoestima en el presente, puesto que uno no es como los demás, y de expectativas en el futuro, puesto que el Todo por llegar le pertenece. ¿Durante cuánto tiempo la satisface?

Porque el problema comienza cuando pasa la primera unidad de cuenta de la política, cuatro años, y nada, uno sigue siendo no más que alternativa. Y luego pasan ocho, y doce, y dieciséis, y uno ahí, dale que dale, reafirmando la esencia de su ser como alternativa.

Problema porque ser como alternativa encierra una contradicción que ni el más audaz de los hegelianos -ni aun que viniera en su socorro una legión de socráticos y epicúreos- podría resolver con aquellos juegos malabares de la antítesis que deviene síntesis superando la tesis. Si uno se define como alternativa y persiste indefinidamente en su ser, el resultado es que su ser deviene nada. Y en ese momento, no queda más que hablar sobre lo hablado, convertir los textos en el Texto e incurrir en el bloqueo político que consiste en medir lo hecho en relación con lo escrito. Ah, si todos hubieran sido como yo, si todos hubieran cumplido lo dicho en el Texto, viene a decir el informe recapitulando en páginas sin fin lo mucho escrito y lo poco actuado desde la fundación de IU.

Así, lo que espera a los delegados es una regañina: no han llevado el análisis teórico a lo real-concreto. No se someterá a discusión si el análisis, más que lo real-concreto, era lo equivocado. El Texto es intocable y Julio Anguita lo refregará ante las narices de los delegados para que midan su desvarío. Todos buscarán compungidos dónde han fallado y, después de entonar un *mea culpa* colectivo, se dispondrán a elegir nuevo coordinador. Pero ¿a quién importa de verdad, excepto a ellos, la lucha por el poder entre Frutos y Llamazares? Hasta que no rompa la campana neumática en la que se ha recluso para no escuchar el estruendo del derrumbe de los muros de Berlín, IU será un pequeño Sísifo a costas siempre con su gran Alternativa.